Mundo nuevo

I

No hay duda: está fraguando un nuevo período en nuestro mundo occidental. Basta advertir la desazón, las contradicciones, las críticas, ya fundadas, ya infundadas, que pululan en todas partes, los cambios que se suceden, muchas veces mejorando lo que tenemos, otras veces empeorándolo; basta advertirlo para admitir que está en gestación un Mundo Nuevo. ¿Será mejor que el actual? ¿Será peor? Esto es lo que todos nos preguntamos. Que sea mejor es lo que anhelamos.

Porque no siempre que el enfermo se rebulle en la cama y cambia penosamente la posición de su cuerpo, es para tomar una postura más cómoda. A veces resulta más incómoda que la que tenía antes.

Pero el hecho es que a todos los que nos ha tocado vivir en este mundo en vías de transformación, interesa ayudarlo para que no quede con la incomodidad de antes, ni peor, sino mejor. Sería muy penoso que no se lograse algo extraordinario. Porque si el Mundo Nuevo que nos aguarda ha de ser proporcional a la cantidad de reuniones, diálogos, puesta al día, conferencias, adaptaciones, congresos y reformas, ciertamente habrá de ser algo tan extraordinario e inaudito, que sorprenderá a las futuras generaciones.

II

Autenticidad sin empobrecimiento. Nuestro mundo pide autenticidad. Le desagrada, hasta le ofende aquello que le parece ser una mera reminiscencia de circunstancias históricas ya pasadas; una costumbre transformada en rutina.

No está mal como aspiración. Lo malo está en que para lograr en un laboratorio esta aspiración a la autenticidad, algunos quisieron convertir un viviente en un ser químicamente puro; y así lo mataron. No existen en este mundo vivientes químicamente pu-

ros. También puede suceder que a fuerza de criticar y más criticar prácticas del pueblo, por mirar en ellas únicamente aspectos secundarios, queden al fin sin los lados positivos que contenían, es decir, sin nada. El pueblo es pueblo, sensible, exterioriza sus sentimientos y los proyecta concretándolos en algo. Por ejemplo, en una aldea fácilmente centrarán muchos su devoción en la imagen de un santo, objeto de veneración en una ermita famosa. Si se les quita ha de asegurarse bien antes, quien lo haga, que realmente para ellos se sustituya lo suprimido, y se sustituya con ventaja por algo mejor.

Si no, el riesgo está en que al fin queden sin lo que tenían antes, y sin lo nuevo prometido, sin nada, como por desgracia algunas veces hemos visto.

Novedad sin desarraigo. También es característico de nuestro tiempo buscar afanosamente lo nuevo. Nuestro tiempo teme que con lo antiguo pueda quedar anticuado. Y a veces es así.

Es innegable que en el fondo de este sentimiento hay algo acertado y también algo que puede no serlo. Si la palabra «aggiornamento», «puesta al día», que afloró a los labios de Juan XXIII, significa lo que ha hecho el Concilio, este planteamiento de una mayor urgencia para ser lo que ya radicalmente somos, y más plenamente debemos ser, según ha declarado Pablo VI, es indudable que entonces es un anhelo acertado. Pero también ha dicho Pío XII en otra ocasión que la sola novedad no es necesariamente por sí misma garantía de verdad: lo nuevo puede ser verdadero y puede ser falso; puede ser mejor o puede ser peor. Es preciso asegurarse bien de que lo nuevo a que se tienda, será verdadero y mejor.

Busquemos una novedad que nos arraigue más hondamente en lo que radicalmente ya somos y más plenamente debemos ser: no la novedad del desarraigado, que al fin va a la deriva, sacudido por cualquier impulso. También el barco que, roto el motor y las cadenas del ancla, va a la deriva, recibe constantemente una situación nueva; pero ¿a qué conduce? En cambio el barco que no se detiene en el puerto, ni entre las algas del mar de los sargazos, sino que enfila la proa a un puerto, atreviéndose cada vez más a posiciones nuevas, pero bien calculadas, bien previstas, bien buscadas, este tiene una novedad que no se opone al bien que ya tenía, sino que lleva a un bien mejor. ¿Quién puede negar que el Concilio Vaticano II nos ha planteado una novedad llena de promesas y esperanzas?

Esta ha de ser la del mundo que va fraguando ante nuestros ojos, y a ella hemos de coadyuvar con nuestra acción.

Personalidad sin desobediencia. Parece evidente la afirmación de que en conjunto el pueblo moderno tiene el desarrollo de la

persona mucho más destacado que en otros tiempos. La conciencia de la propia personalidad que se siente sujeto de derechos. Hasta bastantes veces también se siente más sujeto de obligaciones. Por ejemplo, serán excepciones (Auschwitz, Dachau, Büchenwald...) no será regla general, que el vencedor en la guerra de hoy reviente los ojos del vencido, taladre sus orejas y las atraviese con una cadena para llevarlo como animal de carga.

Pero el desarrollo de la personalidad es ambivalente: la personalidad de un hombre puede desarrollarse bien y puede desarrollarse mal. Un pirata puede tener una personalidad muy acusada, demasiado, pero desgraciadamente en dirección mala. Un santo, como por ejemplo Teresa de Jesús o Ignacio de Loyola, tendrá también una personalidad muy cualificada, pero en dirección buena. De todos modos el desarrollo de la personalidad, de suyo, es un bien; es realzar un valor humano que da precisamente la posibilidad de que este desarrollo sea en sentido positivo.

También en esto, como en todo, hay, según notábamos ahora, la posibilidad de que al autoafirmarse no reclame el hombre la responsabilidad de asumir derechos y obligaciones, sino pasando de raya, reclame sólo derechos, independizándose de Dios. Entonces, si esto sucede, también sucederá el fenómeno que hoy día vemos con frecuencia: crisis de obediencia, falta de jerarquización. El bandolero reclama tanto respeto a su personalidad que la defiende a tiros contra la autoridad. Pero no hemos de pensar que solamente hay bandoleros de atajos y callejas oscuras; también hay bandoleros de oficina y escritorio, de gerencias y laboratorios, cuyas armas no son menos nocivas por ir disimuladas bajo apariencias buenas.

Si nuestro mundo acierta a desarrollar la personalidad del hombre sin que llegue a querer divinizarse, entonces su inquietud actual será un avance, no un envilecimiento.

Podrá superar lo que es el gran fallo de hoy, el mayor: la pérdida del sentido de la obediencia.

Humanismo sin ateísmo. El mismo fenómeno, llevado a una escala mayor, es el que late en el fondo del ateísmo. El hombre de hoy tiene más extensa ciencia, mucho mayor poder con la técnica, más experiencia del dominio del cosmos: llegará a la luna, dominará muchas enfermedades, cautivará las energías de la naturaleza para que ésta le sirva, cuando las máquinas trabajan en vez de él, hablará a distancia, verá a distancia, volará a grandes velocidades saltando continentes. El hombre se siente orgulloso con los valores humanos.

No está mal el humanismo si sirve de peldaño para subir más alto y más firmemente, hacia el rellano donde nos aguarda Dios. Pero si el humanismo se repliega sobre sí, haciendo el gesto pro-

meteico de los titanes que pretendían escalar el cielo por sus propias fuerzas, entonces este humanismo que pretenda ensalzar al hombre divinizándolo, poniéndolo en lugar de Dios, se vendrá abajo con el estrépito de la torre que se derrumbó o con la confusión de la de Babel. Como todos los excesos, también éstos acaban desembocando en la amargura de un castigo inmanente a las mismas leyes del ser: cuanto más se levantó el hombre con su «razón» (piénsese en «la Ilustración» del XVIII, cuando Voltaire pregonaba un «Mundo Nuevo» a su manera) tanto más cayó hoy en la literatura de la náusea, de la desesperación, del escepticismo, en el marasmo del que vive sin sentido.

Pablo VI nos ha dado un modelo de sano humanismo, sumamente estimable, en repetidas ocasiones. Fue personalmente a la ONU, sí; no negó, sino reconoció los valores humanos que hay en el fondo de este intento mundial; pero no terminó ahí su discurso, sino que prosiguió prolongándolo hasta llegar a Dios, y a Dios que ha hecho el gesto de bondad inclinándose hasta el hombre para hacerlo hermano suyo y morir por él.

Así ha de ser el humanismo del mundo que fragua: aquel que pueda repetir la frase de Sören Kierkegaard: «necesitar de Dios es la más alta perfección del hombre».

III

Las ventanas se clasifican en dos grupos: ventanas abiertas y ventanas cerradas. Estamos en un mundo en que por desgracia también los hombres son clasificados como si fueran ventanas: abiertos y cerrados.

La desgracia está en que si a uno le cuelgan el epíteto de abierto (porque tenga conciencia de que no toda tradición se mantiene viva sino que a veces degenera en rutina y exige nueva perfección) ya tiene con ello el pase de libre circulación para atentar contra todo; para diseminar el confusionismo; para ocultar la verdad y la obligación; para dejar perder lo bueno, encandilando con el espejuelo de lo mejor. También está la desgracia en que si a uno le cuelgan el epíteto de cerrado (porque sea consciente de la jerarquización de valores, de lo absoluto que rige lo más íntimo del hombre y del ser) ya es inútil que tenga razón, que tenga derecho, que tenga un auténtico valor, pues con él no tendrán ningún diálogo los que más vociferan clamando por el diálogo.

¿No podríamos tener lo bueno que hay en el fondo de esta abertura sin lo malo a que a veces llegamos? Dijo no hace mucho una gran personalidad: «quise abrir la ventana para airear un poco; ¡pero esto es un vendaval!...». Abramos las ventanas, sí, para airearnos; abertura; pero sin vendaval...

Se comprende muy bien que haya estos fallos que pueden dar al traste con positivas adquisiciones; porque en el fondo están latentes grandes virtudes, las llamadas virtudes cardinales; las cuales, como «cardines», o goznes, son aquellas a cuyo alrededor giran todas las demás que tienen como objeto un bien finito: por tanto «in medio consistit virtus», la virtud consistirá en un término medio; tanto se pecará por un lado como por el opuesto: el valor caerá por exceso en la temeridad, y por defecto en la pusilanimidad. Sólo las virtudes teologales, cuyo objeto es Dios, Ser Infinito, no tienen esta limitación: cuanto más se crea en Dios, cuanto más firmemente se espere en El, cuanto más se lo ame, tanto mayor y mejor será la virtud.

Difundamos a nuestro alrededor ante las crisis que contemplamos, y que tantas veces con todo derecho y razón lamentamos (pero que también saludamos esperanzados por el fondo sano que contienen), las ideas de un sano equilibrio con empuje, pero con sumisión; con innovación, pero con verdad; con novedad que sea la de renovar lo eterno.

Que gire alrededor de los «cárdines» de que no puede prescindir el hombre, porque él no crea el ser, sino que lo halla y ha de someterse al orden del ser. Sin esta sumisión, si arranca estos goznes o «cardines», la abertura se hunde hasta desventrar las puertas; y entonces el airearse degenera en huracán.

Mundo Nuevo con el orden de los «cárdines» eternos, y con la plenitud de las virtudes teologales: tal ha de ser el Mundo Nuevo que esperamos.